

llamaré de *intensidad* y de *extensión*, arranca de la realidad material esos objetos, y les imprime el sello de otra realidad más alta, de otra verdad más profunda; en una palabra: los *vuelve á crear*, los *idealiza*. De donde se deduce que el idealismo es tan racional, tan *real*, tan lógico y tan indestructible como el realismo, puesto que uno y otro van encerrados en el concepto de la forma artística, la cual no es otra cosa que una *interpretación* (ideal como toda interpretación) *de la verdad oculta bajo las formas reales*. Merced á esta verdad interior, que el arte extrae y quintesencia, todos los elementos de la realidad se transforman, como tocados por una vara mágica, y hasta los personajes que en la vida real parecían más insignificantes, se engrandecen al pasar al arte, y por la concentración de sus rasgos esenciales, adquieren valor de *tipos* (que es como adquirir carta de nobleza en la república de las letras), y sin dejar de ser individuos, rara vez dejan de tener algo simbólico».

Uno de los primeros trabajos en que Menéndez y Pelayo pensó, como hemos visto, fué aquel tratado de Estética que comenzó á escribir en colaboración con Laverde. Algunas reminiscencias de su sistema se echan de ver en los volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas*, sobre todo en los posteriores á Kant, porque en los que tratan de tiempos anteriores se atuvo casi exclusivamente al método histórico, callando, en lo posible, las propias ideas. No era lícito, á su juicio, tejer la historia de la literatura por un método exclusivamente cronológico, ó atendiendo sólo al desarrollo más externo de las formas artísticas. Y, exponiendo su criterio acerca de este punto, decía en la *Advertencia preliminar* (1883) de aquella historia: «Detrás de cada hecho, ó, más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y á veces una teoría ó una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta ó no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Esta doctrina, aunque el poeta no la razone, puede y debe razonarla y justificarla el crítico, buscando su raíz y fundamento, no sólo en el arranque espontáneo y en la intuición soberana del artista, sino en el ambiente intelectual que respira, en las ideas de cuya savia vive, y en el influjo de las escuelas filosóficas de su tiempo.» De tan alta manera comprendía Menéndez y Pelayo la historia literaria, de la cual venía á ser una introducción general la de las ideas estéticas.

No sé yo qué especie de revolución preveía él en el campo de la literatura dramática, ni tampoco explicó claramente su pensamiento sobre este punto; pero en la *Historia de las ideas estéticas* (v, 415) se leen estas significativas palabras, en el capítulo sobre Víctor Hugo, á quien considera como la encarnación más asombrosa y potente de la *retórica* en el arte: «Lícito nos será creer que cuando la pálida y prosaica comedia de nuestros días, la de Augier ó el hijo de Dumas, no conserve más valor que el de testimonio histórico, todavía encontrará eco en la fantasía de nuestros nietos, *que ha de renovarse seguramente por un viento de tempestad semejante al del romanticismo*, la férrea poesía de *Los Burgraves*.» Sospecho, sin embargo, que, en su mente, la renovación consistiría en un remozamiento de forma «con rico caudal de expresiones francas, tomadas de la lengua viva de los rústicos, á la cual hay que volver siempre que se quiera infundir nueva savia á una lengua empobrecida por la etiqueta académica y cortesana, y por el abuso del espíritu de sociedad» (*Ideas*, v, 244); y en la restauración de un helenismo puro, «tan incompatible con el clasicismo académico como cualquiera de las formas del romanticismo», porque «*los griegos son escuela de libertad y no escuela de servidumbre*» (*Ideas*, v, 100).

\* \* \*

¡«Los griegos son escuela de la libertad»! Esta hermosa frase encierra todo un programa y es la expresión de lo que el maestro veía en el helenismo. Su *horacianismo* en

la esfera lírica; su *idealismo* en la épica; su esperanza revolucionaria en la dramática; su inclinación á la teoría del Arte por el Arte, que continuamente se transparenta en sus diatribas contra el Arte docente y contra la novela de tesis; sus aficiones á la filosofía del *sentido común*; el psicologismo de su crítica, todo ello está enlazado estrechamente con su espíritu helénico. Valera también lo fué á su modo; pero el autor de *Morsamor* parecía un descendiente de los sutiles Protágoras y de los retóricos Gorgias; mientras que Menéndez y Pelayo venía por línea derecha de aquellos que razonaban serenamente con Platón «á orillas del Iliso, á la sombra del plátano frondoso, sobre la blanda hierba, lugar acomodado para juegos de doncellas, santuario de las Ninfas y del Aquelóo.»

Porque su espíritu era profundamente artístico, su crítica fué también singularmente impersonal. Valera, á quien antes citaba, fué un gran crítico; otros lo han sido á su manera. Pero si leéis cualquier estudio crítico de Valera, por mucho que os cautiven la agudeza de sus apreciaciones y la ingeniosidad de sus pensamientos, no podréis olvidar nunca que se trata de un escrito *de Valera*, no os será posible jamás perder de vista el personal temperamento de quien proceden aquellas líneas, de entre las cuales, como del jardín de *Pepita Jiménez*,

«Surgit amari aliquid quod in ipsis floribus angit».

Tratándose de un estudio de Menéndez y Pelayo, si emprendéis su lectura, llegará un instante en que la transparencia del estilo, la objetividad soberana de la expresión, os hagan olvidar al autor de la crítica, y os sumerjan y embeban en el ambiente histórico que se describe, haciéndoos *vivir* en los tiempos y con los personajes de que habla. Al que tiene la preparación suficiente, el estilo de Menéndez y Pelayo le produce la misma impresión á que alude Nietzsche, cuando dice que la música de Beethoven aparece á menudo «como una *contemplación* profundamente provocada al escuchar un fragmento *que se creía perdido desde largo tiempo*». Sus palabras son entonces *recuerdos*, como, según Platón, lo es todo nuestro saber. Y si aquéllo os conmueve y os arrebató, y os ensancha y fortalece el ánimo, no temáis *admirar* ni ahoguéis el impulso de aplaudir, porque podéis hacerlo con toda justicia. Aquéllo no es *oratoria*, porque detrás del orador hay un comediante, y sería una blasfemia contra el Espíritu que pensarais semejante cosa de un hombre que fué todo sinceridad bravía y sencillez de corazón. El que intente cortar entonces vuestro entusiasmo, desempeñará el papel del eunuco, siempre atrabiliario y regañón, que sólo es capaz de descubrir aspectos ridículos en el espasmo sano y engendrador del hombre viril, para él eternamente imposible.

### III

#### EL PENSAMIENTO DE MENÉNDEZ Y PELAYO (1).

Aunque sea incuestionable que la representación capital de Menéndez y Pelayo se refiere á la esfera de la Crítica é Historia literarias, creo que á nadie debe tampoco ocultársele que su labor en el orden filosófico tiene excepcional importancia, y que hizo más él

(1) Refundo en las siguientes páginas mis estudios: *La filosofía de Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1912; 55 páginas en 4.º) y *La representación de Menéndez y Pelayo en la vida histórica nacional* (Madrid, 1912; 26 páginas en 8.º).

en este orden con sus excitaciones y ejemplos, que muchos de su tiempo con obras disputadas por *originales*.

Es de advertir, además, que quizá la parte más extensa de la producción del Maestro, fuera de los trabajos humanísticos, sea la concerniente á la Filosofía. ¿Qué otra cosa son, sino exposiciones de doctrinas filosóficas, la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881), *La ciencia española* (1876), la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891), y los dos áureos estudios: *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España* (1889) y *De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant* (1891), para no hablar de aquellos otros trabajos menores que él escribió acerca de Pedro de Valencia, Hervás y Panduro, Eximeno, Arnaldo de Vilanova, San Isidoro, Lulio, el Misticismo, Juan Ginés de Sepúlveda, el Abate Marchena, Francisco de Vitoria, Prisciliano, Abentofail, Algacel y Balmes? Y ¿cómo pueden exponerse las doctrinas ajenas, sin dejar entrever de algún modo la propia?

Cuando, por los años de 1875, Menéndez y Pelayo comenzó á dar muestras de su prodigioso genio (que, para algunos á quienes contrariaba su independencia, se llamaba «erudición» ó «extraordinaria laboriosidad»), la situación de la disciplina filosófica era entre nosotros lamentable: se ahogaba entre dos fanatismos, igualmente absurdos é ignorantes: el fanatismo de los escolásticos, que no eran pensadores al modo de un Vitoria, de un Melchor Cano ó de un Suárez, de amplísima cultura y generoso razonar, sino atrabiliarios argumentistas de sacristía, desprovistos de crítica, ayunos de toda noticia acerca del progreso de la Filosofía y de las ciencias; y el fanatismo de los krausistas, no menos peligroso y absorbente que el anterior, y causa, juntamente con éste, del retraso y de la decadencia notoria de nuestro pueblo, en la esfera filosófica, durante buena parte del siglo XIX. Ambos coincidían (y siguen coincidiendo) en apocar la conciencia de nuestro vigor nacional, en menospreciar nuestra historia y nuestras tradiciones, en segar las espontaneidades individuales, en desconocer, con la tranquilidad de la insipiente, lo que en España se ha hecho y lo que España ha servido al mundo, pugnando todos por aherrojarnos en las ergástulas de Santo Tomás de Aquino, de Krause, de Kant ó de Hegel, á la manera que los ciceronianos proscribían á todo aquel que ampliara el léxico de Marco Tulio; y sin tener presente que ningún filósofo ha esclavizado su pensamiento, sin perder por ello, *ipso facto*, el derecho de figurar en la historia.

Ante tal situación, Menéndez y Pelayo creyó indispensable enderezar sus esfuerzos en el sentido de los siguientes fines: 1.º, labor de crítica imparcial, pero, cuando fuese necesario, dura, violenta, agria y contundente, de los procedimientos seguidos por quienes representaban la decadencia; 2.º, labor paciente y amplia de exposición de nuestra historia, para poner de relieve los hechos y las ideas que en ella deben conocerse; 3.º, labor de inspiración de nuestro pensar en alguna dirección filosófica que no contrariase su naturaleza ni sofocara su tradicional tendencia; porque él entendía, como Taine (1), que «en cada instante puede considerarse el carácter de un pueblo como el resumen de todas sus acciones y sensaciones precedentes; es decir, como una cantidad y como un peso, no infinito (Espinosa: *Ética*, cuarta parte), puesto que todas las cosas están limitadas en la naturaleza, sino desproporcionado al resto y casi imposible de ser levantado, porque cada minuto de un pasado casi infinito ha contribuido á engrosarle, y para vencer la balanza sería preciso acumular en el otro platillo un número de acciones y de sensaciones todavía más grande».

A estos tres fines, de *crítica* de lo presente, de *reconstitución* del pasado y de *regene-*

(1) *Histoire de la Littérature anglaise*, ed. de Paris, 1905, I, xxiv.

*ración* para el porvenir, responde, á mi parecer, toda la ingente obra del Maestro, incluso la literaria. Si á ello se añade su educación, esencialmente humanista, se comprenderá bien la serenidad de su espíritu, el ingenio aristofánico de su sátira, la elegante y clarísima sencillez de su estilo, donde jamás se trasluce pedantesco arcaísmo, ni vana ostentación de la propia figura. Él me declaró en repetidas ocasiones que su aspiración, en materia de estilo, era *no tenerlo*; y así logró aquella pasmosa objetividad (como ahora se dice), propia de todo nuestro realismo clásico, que halló, entre otros, expresión adecuada en su magnífico discurso: *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote* (1905).

Porque el secreto de su magia crítica, que en libros, en artículos, en discursos y en lecciones de cátedra producía el escalofrío de lo profundo y de lo grande, no residía precisamente en su erudición, que era inmensa, ni en su modestia, que era infinita, ni en su exactitud, que era extraordinaria. Se concibe que otros hayan poseído su cultura, y hayan visto más libros que él, y hayan publicado textos con más escrupulosidad. Pero todo esto no implica genio, sino tiempo, paciencia y voluntad para el trabajo. No creo que en el mundo haya existido una docena de hombres que hojease más papeles que Bartolomé José Gallardo, ni que tuviese más erudición que Escalígero, y, sin embargo, las producciones de uno y otro son hoy consultadas, pero no *leídas*. Siempre ocurrirá lo contrario con Menéndez y Pelayo: libro que él escribió habrá de ser leído por todo el que piense estudiar el mismo asunto, porque aun cuando la progresiva tarea del historiador haya rectificado atribuciones, enmendado fechas, añadido datos y mejorado ediciones, en aquel libro habrá de hallar puntos de vista luminosos, y apreciaciones que le servirán de guía y le ahorrarán el trabajo de descubrir ahora el Nuevo Mundo.

\* \* \*

Dos maestros insignes tenía la Universidad barcelonesa en la época en que Menéndez y Pelayo siguió los cursos de la Facultad de Letras: D. Francisco Javier Lloréns y D. Manuel Milá y Fontanals, y ambos influyeron poderosamente en su espíritu. Decía él que Lloréns «no filosofó por alzar figura ni por seducir con vana palabrería á los incautos, *sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida, que emancipa á los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia*». Y aun añadía que Lloréns personificó el segundo momento de la escuela escocesa en Cataluña, «la evolución de la filosofía del sentido común, modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia, los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y, como alma de todo esto, una velada y modesta aspiración metafísica, *que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fué, por lo mismo, efficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación en espíritus muy diversos*» (1). Esta enseñanza, que será totalmente incomprensible para el cerebro unilateral de un tomis-

(1) Acerca de Lloréns, dice Menéndez y Pelayo, en carta de 4 Octubre 1877, dirigida á Laverde: «He preguntado á Milá en qué estado dejó Lloréns sus manuscritos. Díceme que, fuera de sus explicaciones, taquigráficamente reproducidas y revisadas por él, sólo quedan algunos fragmentos de la traducción y comentario del libro *De anima et vita*, que traía entre manos; un estudio incompleto acerca de Martí de Eixalá, etc. Pero como las lecciones forman un verdadero curso de filosofía escocesa, Milá y otros amigos piensan publicarlas, junto con la oración inaugural del año 1854, único escrito impreso de Lloréns, y con alguna otra cosilla.»

Según mis noticias, no tardará mucho la publicación de las lecciones de Lloréns, acordada por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona.

ta ó de un kantiano, arraigó de tal suerte en Menéndez y Pelayo, que bien puede aplicársele la descripción que él hace de la mentalidad de Lloréns: «A esta escuela—dice el maestro en su prodigiosa *Semblanza de Milá*—debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos *verbalismos, menos distantes de lo que parece*, se dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas ó en repetidores adocenados á los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme á qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio *un modo de pensar histórico, relativo y condicionado*, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino á la prudente cautela del *ars nesciendi*».

Este *pensar histórico, relativo y condicionado*, que en algunas ocasiones llama Menéndez y Pelayo *vivismo*, por la afinidad que guarda con la filosofía del gran polígrafo valenciano, constituye el fondo del espíritu crítico del Maestro, y es, además, la única filosofía posible en los tiempos que corren. Por lo mismo que todo hombre es falible y que todo sistema cerrado es forzosamente anticientífico (porque contradice el natural y evidente progreso de que todas las disciplinas son susceptibles), ningún pensador genial puede ser afiliado á la escuela de un filósofo de sistema, por grande y extraordinario que éste sea. Levantar bandera por Santo Tomás de Aquino, por Kant ó por cualquiera otra de las figuras representativas en la historia de la Filosofía, es en nuestros días una labor de decadencia, si eso significa que el tomista ó el kantiano han de evitar la contradicción con las doctrinas ó con el tecnicismo del caudillo.

Todo pensamiento coartado por el esquema ajeno, será siempre un creador de obstáculos en la evolución intelectual, porque, como Bacon decía en el *Novum Organum*, refiriéndose á los *idola theatri*: «Todos los sistemas filosóficos que sucesivamente han sido inventados y adoptados, son como otras tantas obras dramáticas que los diversos filósofos han dado á luz y han venido cada uno á su vez á representar; obras que ofrecen á nuestras miradas otros tantos mundos imaginarios y verdaderamente compuestos para la escena».

No es esto negar la influencia de unos pensadores en otros, influencia que, no solamente existe, sino que resulta indispensable para explicar, sin soluciones de continuidad, el proceso histórico de la Filosofía. Pero esa influencia, tratándose de filósofos propiamente dichos, jamás equivale á un título de dominio del maestro sobre el discípulo. Aristóteles fué discípulo de Platón, y la enseñanza de éste influyó en el primero harto más profundamente de lo que suele suponerse, y, sin embargo, en la doctrina fundamental de la sustancia, Aristóteles y Platón son incompatibles. Schopenhauer es discípulo de Kant, y, no obstante, en lo relativo á la doctrina sobre la cosa en sí, sus afirmaciones discrepan profundamente. Mas precisamente estas discrepancias son las que justifican el título de filósofos que á Aristóteles y á Schopenhauer damos. Pero un aristotélico ó un kantiano no son filósofos *per se*, es decir, no son amantes de la sabiduría en sí misma, sino amantes de la sabiduría de Aristóteles ó de Kant. Y digo yo, en tal caso, que vale mucho más leer á uno ó á otro en sus propias obras, que no en las de sus intérpretes, que frecuentemente nos desvían de la verdadera inteligencia del original. Si Suárez se hubiese limitado á glosar ó copiar á Santo Tomás, ¿en virtud de qué habríamos de llamarle filósofo? Si Carvajal y Melchor Cano no se hubiesen apartado de los métodos de exposición de la antigua teología escolástica, ¿por qué razón habrían de merecer mención en la historia de la Filosofía? Es decir, que solamente los *independientes* (en mayor ó menor grado), los *desviados*, los *heterodoxos*, son los dignos de recordación en la memoria humana.

Por ser su espíritu profundamente filosófico, y no *especialista* ni *sistemático*, fué Me-

néndez y Pelayo polígrafo y enciclopédico. Todo especialista es un espíritu unilateral é incompleto, y aun cuando pueda ser genial en su labor, necesariamente se le escapan, en función de la miopía de sus facultades, las relaciones más fundamentales para el saber humano, que son las que enlazan el objeto de la investigación con los restantes.

Y como la Filosofía es una meditación sobre la síntesis de la ciencia humana, cuanto más universal sea el pensador y en mayor número de disciplinas haya ejercitado su actividad, más capacitado estará para comprender algo del misterio de las cosas. Por eso todos los grandes filósofos, desde Aristóteles hasta Spencer, han sido igualmente grandes enciclopédicos, y así seguirá ocurriendo mientras haya Filosofía, que será mientras el hombre exista.

En virtud de su condición filosófica, pudo llegar Menéndez y Pelayo á aquella *alla crítica*, que ningún *especialista* alcanzará jamás. El que haga, por ejemplo, historia literaria, sin tener temperamento filosófico, producirá una obra imperfecta y poco duradera. ¿Qué especialista, no filósofo, explicará satisfactoriamente, por lo que á España respecta, el carácter realista de sus poemas épicos medievales, el singular fenómeno de la literatura picaresca, el carácter dialéctico de nuestro teatro del siglo xvii, la razón de ser del gongorismo y del conceptismo, y el espíritu docente del siglo xviii? Censurar á Menéndez y Pelayo porque prodigó su actividad en muy distintas direcciones, con el propósito de fundirlas todas en el maravilloso crisol de su crítica, sería lo mismo que lamentarnos de que Lucrecio, en vez de escribir el poema *De rerum natura*, no se hubiese pasado la vida, como Zenodoto y Aristarco, poniendo comas, quitando puntos y proponiendo enmiendas á los versos de Homero.

Todo es útil y meritorio en la vida, cuando se realiza con pureza de intención y mediante honrada labor; pero no confundamos la obra del arquitecto con la faena de los albañiles, que llevan á la práctica, cada uno en su esfera, las indicaciones de aquél.

\* \* \*

Al primero de los tres fines antes citados responde gran parte de *La ciencia española* y de la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde se respira una atmósfera de combate, en la que se movía como en su elemento y á la que debió algunas de sus mejores páginas. Al publicar en 28 de Abril de 1887 la tercera edición de la primera de aquellas obras, escribía: «En descargo de mi conciencia, *no de escritor*, sino de cristiano y de hombre, debo dar alguna explicación sobre las personalidades, acritudes y virulencias que en estas cartas hay y que de buen grado habría yo suprimido si para hacer esto no hubiese sido preciso destruir enteramente el libro y escribir otro nuevo. He vuelto á leer estas cartas diez años después de publicadas, con la frialdad de quien lee cosa ajena, y no he encontrado en ellas verdadera injuria personal, ni expresión alguna que pueda desdorar el crédito moral de ninguno de mis adversarios. En esta parte estoy tranquilo, y si añado que ellos se mostraron en la polémica tan duros y violentos como yo; que por añadidura escribí estas cartas á los veintiún años, sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros, creo que ni aun los más severos han de negarme su indulgencia. Pero es tal mi respeto á la dignidad ajena, me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende á zaherir, á mortificar, á atribular un alma humana hecha á semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre *civilizado* y del augusto nombre de cristiano..... *Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido á sabiendas á nadie.*»